

Líbrame, señor, de mis cadenas

Antonio Onetti

PERSONAJES

CARLOS.

JUANA.

EL RUSO.

La acción en Huelva, en la década de los ochenta, a las ocho de la mañana de un día de invierno.

Picadero.

Interior de una caseta inmunda en mitad de un solar abandonado: paredes cochambrosas, escombros, restos de hogueras, desperdicios, excrementos, basura en general, algo de chatarra, algo de plástico, planchas de estico, cartones y un colchón con chinches y ladillas. En un rincón hay un water viejo con cisterna.

Entra CARLOS, entre 20 y 25 años, alto, fuerte, atractivo y de pelos largos. Trae una bolsa de viaje, una botella de agua mineral y una guitarra.

Entra despacio, tranquilo pero con mucho cuidado. Se detiene. Deja la bolsa y la guitarra sobre un cartón, abre la botella y echa un trago. Mira a su alrededor inspeccionando el lugar. Cierra la botella y la deja junto a la bolsa. Luego se sube a la taza del water y hurga un rato en el interior de la cisterna. Al fin saca una jeringuilla usada, luego otra y algunas más. Vuelve al suelo y las examina cuidadosamente. Rechaza una y repentinamente la lanza como un dardo contra una plancha de estico que hay junto a la entrada. Luego hace lo mismo con otra pero afinando la puntería. La

segunda jeringuilla se clava junto a la primera.

A la vez entra JUANA, de la edad de CARLOS pero muy envejecida. Viste y se pinta catetita y vulgar. No es alta ni baja, fea ni guapa, sino tremendamente normal. Trae una maleta y varias bolsas de plástico. Entra deprisa, preocupada, pero ve la jeringuilla surcando el aire y se sobresalta.

JUANA.- ¡Ay...!

CARLOS.- Juana...

JUANA.- ¡Ay, Señor! Creí que era una visión. Casi me da un infarto.

CARLOS.- Están todas hechas polvo. No sirve ninguna.

JUANA.- Tira eso que vas a coger el SIDA.

CARLOS.- ¿Yo? Conmigo no pueden...

JUANA.- ¿Quién?

CARLOS.- Los anticuerpos. ¿No te he dicho que tengo anticuerpos?

JUANA.- ¡Venga y a...!

CARLOS.- De verdad. Me sacaron en el *Interviú*: "El SIDA en las cárceles"... Y una foto de mi niña con dos meses.

JUANA.- ¿Tu hija tiene el SIDA?

CARLOS.- ¡Qué va! Se lo inventaron los de la revista. ¿Te parece que este bomboncito puede tener el SIDA?

(Saca la cartera y le muestra una foto. JUANA, cargando aún con las bolsas, contempla la fotografía.)

JUANA.- ¡Qué criaturita del cielo!

CARLOS.- Pues ya ves... ¿Qué pasa con el Ruso?

JUANA.- Ya viene para acá.

(CARLOS guarda la cartera. No sabe qué hacer con las jeringuillas.)

CARLOS.- Escoge una.

JUANA.- ¡Vade retro, Satanás! Encontré una farmacia abierta frente a la estación. Te traigo una chuta nueva.

CARLOS.- ¿Una... nueva?

JUANA.- Si encuentro algún sitio para colocar los bártulos te la daré. ¡Qué asco! Está todo hecho una porquería. ¿Qué habrá pasado aquí?

CARLOS.- El tiempo, Juana. El tiempo.

(CARLOS coloca unos cartones y trata de acondicionar el lugar para que se siente JUANA. Ella, muy escrupulosa, sigue cargando con todas sus cosas.)

JUANA.- ¿Pretendes que me siente ahí?

CARLOS.- No... Para la reina se reserva el trono...

JUANA.- Mira qué gracioso... Como pise una mierda o coja piojos ya te puedes ir preparando.

CARLOS.- No seas tiquis-miquis y ven aquí que te de calor...

(CARLOS se sienta sobre el colchón que ha cubierto de cartones. Toma a JUANA por la cintura y la atrae hacia sí. Una de las bolsas de plástico se desparrama.)

JUANA.- ¡Quita...! ¡Mira lo que has hecho! Todos los regalos por el suelo.

CARLOS.- Tú sí que eres un regalo...

JUANA.- Suelta, que me haces cosquillas, gilipoyas...

(Súbitamente se tapa la boca, deja de reír y se vuelve beata fervorosa con las manos cruzadas.)

JUANA.- ¡Ay, Dios mío! ¡Perdóname, Señor, que se me ha escapado!

(Se santigua. CARLOS la mira alucinado y se echa a reír.)

JUANA.- Te perdono, Carlos. Te perdono de todo corazón. Pero tienes que enmendarte.

CARLOS.- ¿Yo? Juana... No me digas que te lo has tomado en serio.

JUANA.- ¿El qué?

CARLOS.- La cosa de... la salvación.

JUANA.- Ah, pecador incrédulo...

CARLOS.- Creí que era un vacile para quedarnos con el pardillo del tren.

JUANA.- Pues va en serio. Ahora me encuentro en gracia de Dios. Y échate a un lado que no quiero mancharme.

(Se instala cómodamente junto a CARLOS.)

CARLOS.- Con lo que tú has sido, Juana.

JUANA.- No me lo recuerdes que todavía tengo que pagar mis muchas faltas.

CARLOS.- Tú estás libre. Yo sí que tengo que pagar.

JUANA.- ¿Cuánto te falta para la condicional?

CARLOS.- Si no me viene más sirlas, trece meses.

JUANA.- A mí me dijo el Pastor que tendría que vivir siete vidas llegando a los setenta años para limpiar mi alma de todas mis culpas. Y eso, sin dejar de rezar el Rosario.

CARLOS.- O sea, que al infierno de cabeza.

JUANA.- ¡Ay, no, por Dios!

CARLOS.- Y yo, no digamos.

JUANA.- Al infierno, no. No digas eso. ¿Sabes cómo me lo imagino?

CARLOS.- Empetao de diablillos coloraos meneando el rabo.

JUANA.- No. Un montón de gente picándose y yo en medio, con el mono, rabiando como una loca.

CARLOS.- ¿Y dónde está la puerta de ese infierno?

JUANA.- En el polvo.

CARLOS.- "Polvo eres y morderás el polvo".

JUANA.- Apocalipsis, 9, 27.

(CARLOS se sorprende. JUANA ríe picarona.)

JUANA.- Anda, Belcebú, pásame la guitarra.

CARLOS.- ¿Otra canción?

JUANA.- Acabo de recordar una preciosa.

CARLOS.- Juana, por mi niña, no me cantes más coplas que me ponga malo.

JUANA.- Dame la guitarra.

CARLOS.- Dame un besito.

JUANA.- La guitarra.

CARLOS.- Besito.

JUANA.- ¿Quieres que te lea el salmo de los yonquis?

CARLOS.- ¿El qué...?

JUANA.- Espera.

CARLOS.- Deja y dame un besito.

(JUANA busca en el interior de una de sus bolsas de plástico y saca una Biblia Evangélica de bolsillo. Busca una página y lee.)

JUANA.- La Biblia tiene la solución para todos los desesperados. Escucha: ¡Oh, Señor de los Ejércitos! Tú eres mi roca, tú mi salud y mi salvación. En tu seno tengo el brazo firme y el alma en paz.

CARLOS.- ¿Ese es el salmo de los yonquis?

JUANA.- Léelo tú mismo.

(CARLOS echa un vistazo intrigado.)

CARLOS.- Sí, sí... Claro.

JUANA.- Y hay mucho más. ¿Quieres que te lea la Epístola a los Gálatas? Es muy cortita.

CARLOS.- ¡No! Prefiero la canción.

JUANA.- Como quieras.

CARLOS.- O mejor, dame un besito, cachito de cielo, santita mía, golondrina de mi corazón.

(CARLOS la apretuja contra sí. JUANA le rechaza amistosamente y le amenaza con la guitarra.)

JUANA.- Que te doy con la guitarra, Carlos...

CARLOS.- Si no me quieres, dame aquí, en el pecho, para que me muera y deje de dolerme el corazón...

JUANA.- Qué cosas dices, balduino...

CARLOS.- Filipino...

JUANA.- Te he dicho que no.

(JUANA rasga un par de arpegios.)

CARLOS.- Pero... ¿Por qué?

JUANA.- Por nada. Porque ahora soy pura, porque estoy en gracia y porque lo que tú quieres sólo lo pueden hacer los matrimonios eclesiásticos y para procrear.

CARLOS.- ¡Toma ya!

JUANA.- Y, además, porque tienes el SIDA.

CARLOS.- No. Los anticuerpos solamente.

(JUANA toca la guitarra y canta como una niña del colegio, como una cristiana nueva, o, tal vez, como una yonqui curada y arrepentida.)

JUANA.- "Quisiera ser barro en tus manos para que Tú me pudieras modelar. Líbrame, Señor, de mis cadenas y seré Tuya, siempre Tuya, hasta el final".

CARLOS.- ¿Cómo te puedes tragar todas esas tonterías, Juana?

JUANA.- ¡No blasfemes!

CARLOS.- Si no blasfemo. Sólo digo que son tonterías.

JUANA.- ¿Y eso no es blasfemar? No tienes ningún respeto por las creencias ajenas.

CARLOS.- Claro que lo tengo. Si no te conociera, quizás me parecería natural que me cantaras esas coplas, y hasta que me leyeras la Biblia y me convirtieras... Pero si te he visto sirlando en los semáforos a las chavalitas de los vespinos.

JUANA.- ¿A mí?

CARLOS.- Con el Pascual, a la salida de los colegios. ¿Es verdad o es mentira?

JUANA.- Verdad, con el Pascual, Satanás, hijoputa. Y perdóname, Señor, pero tengo que decirlo: Pascual, hijoputa. Ese es el que tiene la culpa de todo.

CARLOS.- Y también te he visto en las Palmeras, haciendo la calle, con el mono.

JUANA.- Pascual, hijoputa.

CARLOS.- Hasta sé que te escapaste del Patriarca y te escondiste en Madrid.

JUANA.- ¡Uy, verdad! En una venta de libros en Cuenca. ¿Cómo lo sabes?

CARLOS.- Por tu madre, que puso toda España patas arriba para encontrarte.

JUANA.- Hay que ver... Ya ni me acordaba. Me largué con una gallega. Nos gastamos todo el dinero de los libros en

polvo, nos encerramos en una pensión de la calle del Barco y a meternos: por la vena, por la nariz... ¡Qué rico...!

CARLOS.- ¿Lo ves?

JUANA.- ¡Ay, calla! ¿Para qué me lo has recordado? ¿No te das cuenta de que he cambiado, de que soy otra persona? Hasta he recuperado quince de los veinte kilos que había perdido.

CARLOS.- Juana, el que ha probado el polvo y se ha enganchado como nosotros sabe que el gusanillo se le mete dentro y no le abandona.

JUANA.- Polvo, hijoputa.

CARLOS.- El que vive como un yonqui, morirá como un yonqui.

JUANA.- O no, porque te puede iluminar el Señor con su sabiduría y su bondad infinita y quitarte el vicio, como a mí. Por eso precisamente te voy a pagar el cuartito, para que te lo metas delante mía y te convenzas de que ya lo he superado. ¿O te parece mal?

CARLOS.- Me parece estupendo, y que me pagues el caballo y que veas cómo me lo pongo, porque esa es la prueba que te queda por pasar. Si lo consigues, estás salvada. Pero te voy a decir una cosa: Tu cuerpo ya no necesita el polvo, pero tu mente sigue rumiando.

JUANA.- Mi mente está limpia de polvo y paja.

CARLOS.- Ojalá. Todavía te tienes que librar del mono psicológico.

JUANA.- Que no, Carlos, que no. Yo he vuelto a nacer, he contemplado la cara de Dios, se me ha aparecido la Virgen en la cocina del centro...

CARLOS.- ¡Te han comido el coco de mala manera!

JUANA.- ¡Quieres tentarme para que pierda la fe!

CARLOS.- ¡No, para que la recuperes! Pero en ti misma, no en pamplinas.

JUANA.- ¡Otra blasfemia!

CARLOS.- Lo único que te puede sacar del hoyo es tu propia voluntad. ¿Por qué te empeñas en esconderte detrás de esa historia de beatas?

JUANA.- ¡Porque es verdad, Carlos! Porque yo he visto a una punki de Vitoria llegar al centro engañada por su madre y al percatarse del bacalao, ponerse como una fiera, blasfemando y rompiéndolo todo, y cómo el Pastor le sacaba el demonio del cuerpo con un exorcismo en latín. Como lo oyes. Se cayó al suelo redonda, con los ojos en blanco, escupiendo y vomitando espumarajos. Y todos los que estábamos allí sentimos un frío helado que salía de su cuerpo y huía por las ventanas. Las puertas se abrían y cerraban solas, dando portazos. El mismo diablo me rozó al pasar y tuve una quemadura en el codo más de un mes. Hasta que la Vasca se levantó del suelo, con la expresión completamente transformada y dijo: "Cortadme la cresta".

CARLOS.- ¿Eso dijo?

JUANA.- En ese preciso instante se había curado. Se ha quedado allí para predicar a los nuevos...

CARLOS.- ¿Tú lo has visto, Juana?

JUANA.- Si miento, que me parta un rayo. Y otra cosa. ¿A que no sabes que el Espíritu Santo me ha dado el don de lenguas...?

CARLOS.- No...

JUANA.- ¿No lo sabes?

CARLOS.- No...

JUANA.- ¿Te das cuenta de que más vale no hablar de lo que no se conoce? El don de lenguas es un premio a la Fe recuperada por un pecador y una invitación a la Evangelización (lo dice San Pablo), y consiste en que una lengua de fuego se te aparece y al momento quedas imbuido y comienzas a hablar lenguas diversas como un nativo.

CARLOS.- ¿Sin haber estudiado?

JUANA.- Ajá.

CARLOS.- ¿Y tú que idioma hablas?

JUANA.- El árabe.

CARLOS.- Qué pena. Ahora que hemos entrado en el Mercado Común...

JUANA.- No seas idiota, Carlos. El árabe es la lengua de los ángeles.

CARLOS.- Te estás quedando conmigo, Juana.

JUANA.- ¿Te gustaría verlo?

CARLOS.- Venga.

JUANA.- Tienes que hacer todo lo que yo te diga.

CARLOS.- ¿Todo, todo?

JUANA.- Todo. Tienes que orar conmigo. Con los ojos cerrados.

CARLOS.- ¿Así? ¡Ay, mi madre!

JUANA.- ¿Quieres verlo, sí o no?

CARLOS.- Pero yo no oro. O como se diga eso.

JUANA.- Es que si no se habla primero, no te sale.

CARLOS.- Reza tú por mí, que yo te escucho.

JUANA.- Pero tienes que cerrar los ojos y pensar en Dios.

CARLOS.- Vale. Cierro los ojos.

JUANA.- Tómatelo en serio y no hagas trampa.

CARLOS.- No.

JUANA.- Vas a ver.

(Ambos cierran los ojos. CARLOS se aguanta una risita que irá creciendo progresivamente. JUANA, muy en su papel de medium, mística y relajada, comienza con pericia su oración.)

JUANA.- Hola, Señor. Soy Juana otra vez, tu sierva más humilde. Perdona si te molesto pero deseo darte las gracias, Señor, otra vez, por devolverme a la vida cuando me estaba muriendo por culpa del polvo maldito. Y estoy aquí, Señor, con mi amigo Carlos, que ha salido de la cárcel el fin de semana, y que también se encuentra perdido en la apocalipsis del polvo, para pedirte que le ayudes y le guíes por el camino de luz que conduce a la salvación de tu seno...

(A la vez CARLOS, se las ha ido arreglando para

rodearla con los brazos y hacerle caricias por el interior de los codos y desde allí intentar penetrar por las mangas hasta los senos. JUANA lo evita suavemente, pero le agrada el cosquilleo. CARLOS, al fin, interrumpe la oración rompiendo a hablar en árabe imaginario que culmina en carcajadas. Ambos abren los ojos. JUANA se levanta notablemente indignada y pasea por la caseta.)

JUANA.- ¡Imbécil!

CARLOS.- No te enfades, mujer. Sigue que vas muy bien.

JUANA.- ¡Ya no tengo ganas! ¿Por qué no vendrá el Ruso?

CARLOS.- Vamos... Era una broma. No te lo tomes a mal. Siéntate. No hay prisa.

JUANA.- No me gusta esperar. Me pone nerviosa.

CARLOS.- Ven aquí. Siéntate. Juana se sienta, disgustada e incomprendida.

JUANA.- ¿Quieres que te dé testimonio de mi vida?

CARLOS.- ¿Otra película rara?

JUANA.- No. Escucha y aprende. Yo nací en Huelva, hace 24 años, en el barrio de las Tres Ventanas. Mis padres me dieron una buena educación, porque yo soy de buena familia, no como tú...

CARLOS.- Yo me he criado en el Conquero...

JUANA.- Calla. Estudié muchos años con las monjas. Allí ya empecé a fumar canutos con las amigas, en el recreo. Y enseguida conocí al Pascual, hijoputa el Pascual, mala puñalá le den. Me acosté con él y me dejó preñada. A la primera, te lo juro. Tenía dieciséis años cuando me casé. Nació el niño y entré a trabajar en una oficina. El Pascual también trabajaba, en un chiringuito del puerto, pero yo cada día lo notaba más raro, durmiendo a todas horas y sin apetito. Por fin me enteré de que se chutaba, por una amiga, y como soy tan cabezona me dije: "Pues si el Pascual se pincha, yo me pincho más". Y me enganché. Las cosas empezaron a ir de mal en peor. Dejamos de trabajar. Sólo nos dedicábamos a robar por la calle, en las tiendas... Todo por el polvo maldito...

CARLOS.- Igual me busqué yo la ruina.

JUANA.- Que el Pascual le quitaba el bolso a una mujer: yo me hacía la que pasaba por allí y para que no armara mucho escándalo y él se escapara, yo me acercaba y le decía: "Lo he visto, señora. ¡Qué canalla! No sé dónde vamos a parar con tanta droga y tanta delincuencia..." O que aparecía la policía: antes de que le siguieran yo misma me ponía a gritar: "Socorro, policía, que a mí también me han robado! Y los despistaba.

CARLOS.- ¡Qué pareja...! ¡Quién lo iba a decir!

JUANA.- Ahora que cuando estábamos de mono y no había polvo, ni dinero, ni nadie a quien quitárselo nos odiábamos a muerte, nos volvíamos despiadados, mezquinos. Si uno conseguía, el otro se lo quitaba. Una vez me sirló en un portal quince talegos a las ocho de la mañana y me dejó en pelotas en mitad de la calle. Con un frío...

CARLOS.- A mí me llamaban el Indio, porque sirlaba con un hacha.

JUANA.- ¿Con un hacha? ¡Qué exageración!

CARLOS.- Lo que tenía a mano. Pero nunca toqué a nadie. Eso sí. Enmono o sin enmonar, controlaba. Al principio me los llevaba a casa de la Cotilla.

JUANA.- ¿Qué cotilla?

CARLOS.- La cuñada de Mariquita.

JUANA.- ¿La que se afeitaba el bigote con Tesa-Film?

CARLOS.- ¡La misma! Le decía a los pringaos: "¿Quieres un vídeo por quince talegos?". Y picaban. Los dejaba en la puerta de la casa, le daba un talego a la Cotilla y me abría por una ventana. Cuando se cansaban y llamaban la tía les decía que ella de vídeo no sabía nada, que yo había entrado, le había dado los buenos días y había salido por una ventana, y que le parecía lo más natural.

JUANA.- ¿Y por eso te meten cuatro años? Con la de chorizos que hay en el mundo...

CARLOS.- Si es que a mí ya me daba igual. Al final los llevaba al quelí de mis viejos y cuando veían el hacha se quedaban blancos. Y por si les quedaba alguna duda la emprendía a hachazos con el mueble-bar que lo dejaba hecho un Cristo...

JUANA.- ¡Carlos...!

CARLOS.- Y los intimidaba, claro.

JUANA.- ¡Y el pobre viejo...! Lo maté.

CARLOS.- ¿Tú?

JUANA.- A disgustos. ¡No sabes lo que he llorado por él! ¡Con lo que me quería! Tres millones me dejó y me los gasté en dos meses. Cincuenta talegos diarios en caballo. Cuando se acabó el dinero me tuve que poner en las Palmeras. Paraba a los coches, me montaba y en cuanto que había reunido me iba a casa del Ruso. Me ponía una jeringuilla de coca en un brazo y otra de polvo en la otra. Me metía la coca y cuando ya me notaba muy nerviosa me chutaba y me relajaba. Y vuelta a las Palmeras.

CARLOS.- La coca por la vena, no es buena.

JUANA.- Entonces ya me picaba para morirme, porque no quería vivir. Figúrate que una vez se me coló una pelusa en el corazón...

CARLOS.- ¡Ostia, las pelusas...!

JUANA.- ¡Qué cosa más mala, Carlos! Creía que me moría. Pues no me daba miedo, al contrario, me daba alegría de dejar el mundo... Por eso tengo tanto que agradecerle al Señor. Aunque tú no te lo creas.

CARLOS.- Me lo creo, Juana, me lo creo. Si tú lo dices, será por algo.

JUANA.- Porque he encontrado... algo. A Dios, no sé... De verdad. Ya no pienso en el polvo, ni en hacer daño a nadie, ni a mí misma. Ya sólo quiero darle a mi hijo una educación, para que no se tuerza, y que no tenga que avergonzarse nunca más de su madre...

CARLOS.- Tú ya eres una señora...

JUANA.- Y tú un caballero...

CARLOS.- Y el Pascual un hijoputa...

(Se besan, se acarician, se recuestan sobre los cartones sin ningún pudor. Mutuamente se van quitando la ropa, prenda a prenda, con cierta desesperación en las manos y en las carnes. Cuando más emocionados y ajenos están aparece el RUSO, una piltrafa de camello, de talante lúcido y feliz, pero demacrado y contrahecho como si un

tanque le hubiera pasado por encima. Entra sin cortarse un pelo fumándose un peta.)

RUSO.- ¿Se puede o vuelvo más tarde?

CARLOS.- ¡Ruso!

JUANA.- Menos mal que has llegado...

RUSO.- Joder, troncos, qué sátira. No perdéis ni un minuto.

CARLOS.- Natural. Si acabamos de salir del convento...
¿Lo has traído?

RUSO.- Brown Sugar, baby. Para que te desintoxiques de la desintoxicación.

JUANA.- Aparta de mí ese cáliz.

CARLOS.- Dame. Ella sólo paga.

(CARLOS se hace cargo de la papelina y examina el polvo con atención.)

RUSO.- ¿Qué ha dicho?

CARLOS.- Nada. Que ha visto a Dios y a la Virgen y a no se quién más. ¡Qué polvo más bueno!

JUANA.- ¡Carlos...!

CARLOS.- ¿Has visto la novia tan guapa que tengo?

JUANA.- Como sigas hablando así te arañó la cara.

RUSO.- ¡Oyh, qué rollo más malo...!

CARLOS.- Pasa el porro, Ruso...

RUSO.- Toma. Si lo he encendido para vosotros. Yo ya no fumo.

JUANA.- Dame una calada.

CARLOS.- No, que es pecado.

JUANA.- ¡Trae!

(JUANA se hace con el canuto y fuma con avidez y satisfacción. CARLOS y el RUSO la observan.)

JUANA.- ¿Qué pasa? Esto es natural, sin química, como la yerba del campo.

RUSO.- Bueno, encantado. La pasta, que me abro.

CARLOS.- Juana, cumple lo prometido.

JUANA.- Ahora vuelvo.

(JUANA sale de la caseta. El RUSO se mosquea.)

RUSO.- ¿Dónde va?

CARLOS.- A la puerta.

RUSO.- No me gusta que salga.

CARLOS.- No pasa nada. Sólo que no quiere que sepa dónde lleva el dinero. Tú tranquilo.

RUSO.- Carlos, que yo soy colega vuestro desde chinorri...

CARLOS.- ¡Coño, Ruso, que no te vamos a sirlar...!

RUSO.- No, si yo no...

(Pausa.)

RUSO.- Muy cambiada la Juana. ¿No?

CARLOS.- Le han lavado el cerebro los curas.

RUSO.- ¿En Santander?

CARLOS.- Sí. Quiere que me chute delante de ella.

RUSO.- Pero... se ha curado ¿No?

CARLOS.- No sé. Anoche en el tren me dijo que si le entraban muchas, muchas ganas iba a poner cien duritos.

RUSO.- Pronto va a caer.

CARLOS.- No le digas nada.

(Pausa.)

RUSO.- ¿Te enteraste de lo de Pipo?

CARLOS.- ¿Del Gato?

RUSO.- Sí.

CARLOS.- Cumpliendo en el Penal del Puerto...

RUSO.- Se ha fugado.

CARLOS.- ¿Cuándo?

(De repente vuelve a entrar JULIA, ocultando visiblemente un fajito de billetes en una de sus botas.)

JUANA.- ¿El Gato se ha abierto del talego?

RUSO.- Hace unos días.

CARLOS.- ¿Y qué se sabe?

RUSO.- No mucho. Trincaron a un Gitano, pero parece que no habló. Se rumorea que se largó al Brasil.

CARLOS.- Como un potentado. ¿Te das cuenta? Ese Gato tiene clase.

JUANA.- Y nosotros, aquí. Puto malfario...

(Pausa.)

RUSO.- No lo digo más. La pasta.

JUANA.- Toma, desconfiado.

RUSO.- La vida, que está muy mala. ¿Os quedáis?

CARLOS.- Adiós, Ruso. Dale recuerdos a tu madre. Y a tu hermana.

RUSO.- A mi madre, puede. A mi hermana, no creo.

CARLOS.- ¿Por qué?

RUSO.- Porque no me fío de ti, Carlos, que eres más sinvergüenza que don Juan Tenorio. Hasta luego, Juana.

JUANA.- Ya nos veremos.

(Sale el RUSO sin cortarse un pelo.)

CARLOS.- Este menda es gilipoyas... ¿Cómo me ha llamado?

JUANA.- Venga, don Juan, que se te ve el plumero. Te estás poniendo como un tomate.

CARLOS.- ¿Yo...?

JUANA.- Sí, tú, tontorrón. Vamos a ponernos eso y desayunamos, que me está entrado hambre.

CARLOS.- ¿Vamos?

JUANA.- ¿Eso he dicho?

CARLOS.- El mono psicológico...

JUANA.- Calla. La fuerza de la costumbre...

CARLOS.- Saca la chuta y al lío.

(JUANA saca la chuta y se la entrega. CARLOS busca en su bolsa la cuchara y el mechero, y acerca la botella de agua mineral. A partir de ese momento van preparando el pico. JUANA se va poniendo nerviosa.)

CARLOS.- Sujeta la cuchara.

JUANA.- Carlos...

CARLOS.- ¿Qué...?

JUANA.- Mejor te espero fuera.

CARLOS.- ¿Te vas a rajar ahora?

JUANA.- Prefiero no verlo.

CARLOS.- No seas tonta. Tienes que superar la prueba. ¿No estamos aquí para eso? Lo peor ya lo has pasado. Sólo te queda mirar. La última prueba. La definitiva.

JUANA.- Ya lo sé, pero...

CARLOS.- No hay pero que valga. De aquí no te mueves. ¡Mira cómo se diluye! ¡Qué maravilla! ¡Ni corte, ni nada! Ni siquiera hace falta limón.

JUANA.- ¡Ay, Señor! ¡Cuánto sufrimiento...!

CARLOS.- Sigue hablando. No te calles.

JUANA.- ¿Y qué digo?

CARLOS.- Cualquier cosa. Piensa en tu niño...

JUANA.- Mi hijo...

CARLOS.- Acuérdate del mono, del Pascual, de las pelusas... de lo que más coraje te dé, pero no dejes de mirar la cuchara ni un segundo.

JUANA.- Date prisa, Carlos, por favor...

CARLOS.- Un poco de paciencia... Disfruta de tu voluntad. Y si te apetece, reza.

JUANA.- ¿Te leo el salmo de los yonquis?

CARLOS.- ¿Otra vez? ¿Por qué no me cantas una copla? La de antes. ¿Cómo decía...?

JUANA.- ¿Cuál...?

CARLOS.- La cantabas muy bien... "Líbrame de mis cadenas..."

JUANA.- No tengo ganas. Además, sin la guitarra pierdo el tono.

CARLOS.- Da igual. Es sólo por entretenerte.

JUANA.- Acaba.

CARLOS.- Listo. ¿Me dejas el lazo?

(CARLOS sostiene la jeringuilla cargada, casi emocionado. JUANA, lentamente se suelta el lazo. Cuando está a punto de entregárselo duda y lo retiene. CARLOS le ofrece el brazo.)

CARLOS.- ¿Quieres atármelo tú?

JUANA.- Espera.

CARLOS.- ¿Qué te pasa?

JUANA.- ¿Y si...?

CARLOS.- ¿Qué...?

(Silencio.)

CARLOS.- ¿No estarás pensando lo que estoy pensando?

JUANA.- No.

CARLOS.- ¿Te pica el gusanillo? ¿Es eso?

JUANA.- ¡No!

CARLOS.- ¡Menos mal! ¿Me lo ato yo?

JUANA.- ¿Y si me pongo un poquito?

CARLOS.- ¿Ponerte?

JUANA.- Sólo un poquito.

CARLOS.- ¿Estás loca?

JUANA.- Cien duritos...

CARLOS.- ¿Quieres empezar otra vez?

JUANA.- Por cien duritos no pasa nada...

CARLOS.- ¿Y qué ganas? ¡Estás curada! ¿Ya no te importa? ¿No te acuerdas de todo lo que has contado? ¿Quieres volver a empezar, engancharte otra vez, robar por la calle, ponerte en las Palmeras...?

JUANA.- ¡No exageres, Carlos! Un chutito cortito no hace daño.

CARLOS.- No. Tienes que pasar la prueba. Ese fue el trato.

JUANA.- Déjate de historias. Ya te he visto prepararlo. Suficiente. Ahora tengo que pincharme para demostrarme que lo hago conscientemente, que me puedo controlar, que me

puedo pinchar cuando quiera sin engancharme.

CARLOS.- Eres gilipollas. De verdad. ¿Y para eso me has venido dando el coñazo desde Madrid con el cuento de la Virgen, del Señor y de las cancioncitas?

JUANA.- ¿Eso qué tiene que ver...?

CARLOS.- ¡Me has estado vacilando!

JUANA.- Pues tú bien que me seguías la corriente con tal de que te pagara el cuartito.

CARLOS.- No sabes lo que hacer. Te vas a buscar la ruina otra vez.

JUANA.- No es tu problema. Y, además, el cuartito es mío.

(Pausa.)

CARLOS.- Tú misma.

(CARLOS le ofrece la jeringa. JUANA se remanga la blusa con rapidez y agita el brazo para que circule la sangre.)

JUANA.- ¿No te importa que me lo meta primero?

CARLOS.- Puedes hacer lo que te de la gana.

JUANA.- No te enfades, sólo me voy a poner un poquito. Mira. La mitad la devuelvo a la cuchara. Y el resto de la papelina te la puedes quedar. Pero lo que no quiero es coger el SIDA.

CARLOS.- Los anticuerpos.

JUANA.- Lo que sea.

(JUANA se chuta con pericia sorprendente. Silencio largo. Termina el bombeo.)

CARLOS.- Bienvenida al club. Acuérdate de mí cuando te devuelvan al Patriarca.

JUANA.- Este es el último chute que me pongo. Se acabó.

CARLOS.- Ya veremos. ¿Qué tal...?

JUANA.- Bien...

(CARLOS vuelve a cargar la jeringuilla y al momento se inyecta.)

CARLOS.- ¡Cómo corre la jeringa! Así da gusto. Igualito que la del talego... Veinte tíos para una chuta. Imagina. Había que untarle mantequilla para que corriera el émbolo... Todavía me queda un talego. Te invito a desayunar. ¿Vale? Y luego podemos ir dónde tú quieras...

JUANA.- Quiero ver a mi hijo.

CARLOS.- Pues lo recogemos y lo llevamos al parque. ¿Te apetece...?

JUANA.- Sí. Me gustaría dar un paseo...

CARLOS.- ¡Y tomar el sol! ¡Qué ganas! En la Coruña, siempre nublado, lloviendo... No soporto ese clima. Supongo que en Santander sería lo mismo... Así que, a aprovechar, que el lunes, otra vez al talego... Y hasta dentro de dos meses que pille otro permiso... Tengo ganas de ver a los colegas después de tanto tiempo. Y esta noche te llevo a bailar. Ya verás. Lo vamos a pasar en grande. ¡Menuda borrachera y menudo colocón! ¿Qué te parece el programa de festejos? Juana...

(JUANA no responde. Ha muerto.)

CARLOS.- Juana... ¡Juana...! ¿Qué te pasa...? ¡Niña! ¡Responde...! ¡No! ¡Maldita sea! ¡No!

(CARLOS llora un momento. Tira al suelo con rabia la jeringuilla y la pisotea. Trata de calmarse. Vuelve a cerciorarse de lo que es evidente. Por fin se resigna y le cierra los ojos, limpia sus huellas de la guitarra, de la Biblia Evangélica de bolsillo y de todo lo que ha tocado, destruye las jeringuillas usadas que sacó de la cisterna cuando llegó, saca el fajito de billetes del interior de la bota de JUANA y se lo guarda. Después recoge sus cosas

y se dispone a salir. En el último momento repara en la papelina, aún plegada y con bastante heroína. La toma con cuidado, la pliega lentamente, se toma su tiempo, para contemplar el cadáver de JUANA, se la guarda en el bolsillo y sale.)

TELÓN